

Libertella, Mauro (mayo 2006). *Leonardo Moledo, multifacético : ¿Miramos las estrellas?*. En: Encrucijadas, no. 37. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Leonardo Moledo, multifacético

¿Miramos las estrellas?

Leonardo Moledo ha tenido una carrera prolífica y multifacética. Ha escrito literatura y libros científicos, hace años que publica en Página/12, es docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y también dirige el Planetario de Buenos Aires. UBA:encrucijadas lo entrevistó y de allí surgió esta charla, en donde Moledo expuso algunos aspectos centrales de la ciencia, refiriéndose tanto a los problemas actuales como a su profunda y apasionante historia.

por Mauro Libertella

El juego de la multiplicidad

Entre los objetos que surgieron de la abisal imaginación de Borges, en cualquier libro o ponencia en que se lo mencione se recuerda al Aleph, esa esfera tornasolada donde convergían todos los puntos del universo, vistos desde todas las perspectivas en todos los tiempos. El personaje del cuento se enfrentaba al Aleph en el sótano de una casa en vísperas de demolición, pero la metáfora de un punto en donde conviven todos los puntos podríamos proyectarla un poco más allá de la casa del cuento y, en un paralelismo extravagante, por qué no, hablar del Planetario de Buenos Aires como un Aleph posible en la Buenos Aires de hoy. La esfera futurista que descansa en los bosques de Palermo no es ya el invento de un escritor genial, pero desde ahí se mira el mundo y se lo piensa: desde ahí el universo deja de ser una ficción y se vuelve realidad. O, mejor, desde allí esa gran ficción se vuelca en la realidad, se acerca un poco y se deja ver. Por todo esto no nos sorprende que su director, Leonardo Moledo, haya incurrido a lo largo del tiempo en la enseñanza, en la literatura, en la investigación científica, en el periodismo; porque en el Aleph están todos los puntos del cosmos, y sólo desde todos los puntos se puede entender cada uno de ellos.

De esta multiplicidad y de otros temas hablamos con Moledo en un café clásico de Sarmiento y Montevideo, en ese instante imperceptible en que el verano retrocede ante el otoño. “Para pensar el mundo se requieren todas las disciplinas científicas –la biología, la astronomía, las físicas, las matemáticas–, y todas las humanísticas, porque cada una de ellas es una manera de pensarlo”, le dijo Moledo a uba:encrucijadas en una charla extensa y relajada.

Leonardo Moledo se educó leyendo los tomos que descansaban en la ecléctica y abundante biblioteca familiar: de las novelas de Dostoievski a los poetas latinoamericanos. Cuando llegó el momento de especializarse, optó por las ciencias exactas, pero nunca dejó de cultivar esa conjunción casi alquímica de disciplinas e influencias y ese placer por el texto y la observación: “Siempre me interesó la ciencia en general, y siempre me interesó la literatura. Nunca percibí mucho la diferencia entre arte y ciencia. Leo todo: novelas, poesía, teatro, ciencia, ensayos”. Y de eso se trata: de hacer de la ciencia un arte y, al mismo tiempo, disolver los límites, olvidarlos. Hay en este juego de la multiplicidad una configuración bien propia del saber, un modo de erigir tanto un imaginario como un aparato de conocimiento personal que, en el caso del científico, parece estar conectado siempre y de distintos modos con el conocimiento de una época, con las formas de pensar contemporáneas: “Sabemos muchas cosas más de las que sabía un griego. A veces se pone el ejemplo del globo que se infla, que es el conocimiento: cuanto más se sabe, más grande es la superficie de contacto con lo

desconocido” dice Moledo. ¿Y cómo se desarrolla el pensamiento en esta parte del mundo? “En el pensamiento occidental hay bastante linealidad. Se pasó de la concepción del universo finito de Aristóteles a la revolución científica, y luego al universo de Einstein. Y cada vez son más cosas. Se puede leer cierta linealidad. Naturalmente, no todos los pueblos ni todos los pensamientos participan en esto.”

Un relato mitológico

En este juego de esferas que se atraen y se imantan, podemos rastrear en la historia de la ciencia algunas de aquellas relaciones fundacionales y medulares que ha establecido el discurso científico con otros discursos. Relación de siglos, problemática, por momentos de censura y de confrontación directa, la religión se ha topado con la ciencia y la ha querido subsumir para sus fines, a veces callarla, hacerla invisible. Pero la ciencia y la religión parecieran estar, en nuestro mundo de hoy, en los antípodas de lo que es pensar el universo, sus orígenes y evoluciones. En varios aspectos, nada está más lejos de la ciencia que la religión: “La ciencia investiga una cosa y la religión habla de otra. A partir de la revolución científica quedan separadas afortunadamente, y en este momento no tienen nada que ver. Una persona puede ser religiosa o no y no tiene nada que ver con sus ideas científicas. Es posible que algunas ideas científicas le sirvan más que otras. Yo creo particularmente que la ciencia no implica el ateísmo, pero es consistente con él. Es más consistente con el ateísmo que con la religión”, explica Moledo.

Pero, desde ya, y la historia lo confirma, esto no fue siempre así. El historial de choques es largo y sirvió para alimentar algunos memorables trazos de ficción y otras expresiones del hombre, y el camino que recorrió la ciencia hasta su estadio definitivamente autónomo fue sinuoso y difícil. Pero se llegó: “Muy poca gente cree, ni la Iglesia cree hoy en día, que el mundo fue creado hace cuatro mil años y que Dios creó a Adán y Eva. Ese es el relato mitológico. La Biblia en este momento es un libro mitológico, y no tiene nada que ver con lo verídico ni debería tener que ver. Un mito no trata de ser verdadero o falso: trata de ser eficaz”, dice Moledo, y agrega: “La sociedad ya adoptó la visión científica. Casi toda nuestra vida está regida por cosas científicas y no por ciclos religiosos como sucedía en la Edad Media. Hoy no hay lugar en donde la ciencia no haya pisado. Y si se suspendiera la ciencia, sería catastrófico”. En ese arriesgado y definitivo camino hacia la autonomía, la ciencia tuvo sus momentos de quiebre e inflexión. Leonardo Moledo mencionó uno de ellos: “La ciencia galileana, en el siglo XVII, fue incómoda para la religión. La ciencia anterior no. Un cuestionamiento tan duro como el de Galileo, y sobre todo la separación entre teología y ciencia le quitaba a la Iglesia poder de decisión en las cuestiones científicas. No hay que olvidarse que los astrólogos vaticanos eran muy poderosos y muy agudos. Ahora, la nueva ciencia que propone Galileo, que es una ciencia laica y liberada de la religión, no es una cosa que a la Iglesia le convenga”. La incompatibilidad entre ciencia y religión, en última instancia, es de fondo, y tenemos que buscarla en el origen mismo de sus propósitos y preguntarnos ¿Qué buscan?: “La ciencia busca respuestas a partir de formularse preguntas, y las preguntas son siempre críticas. La ciencia pregunta. La religión obtura las preguntas, y da algunas respuestas simplistas a preguntas que son verdaderamente complejas”.

Momentos estelares

Se trata entonces de pensar el cosmos. Contestar preguntas para que surjan otras y que la cadena así se despliegue con comodidad, apuntando siempre a esa meta utópica y maravillosa que es la respuesta final. Se trata también, claro, de no obviar la tradición, sino más bien de valerse de ella, hacerse un lugar en la historia del pensamiento y poner ahí la piedra propia, que puede ser inmensa como la más implacable de las montañas o diminuta como el rocío. Porque la máquina científica parece no descansar, y su historia ha vivido algunos giros inapelables.

Moledo recuerda algunos de ellos: “Para empezar está ese momento maravilloso en la

ciencia griega en que todo se arma. Luego llega el momento de la revolución científica en que se desarma la ciencia aristotélica, algo muy importante por cierto. Y finalmente el siglo XX arma otra imagen del cosmos. Son tres momentos estelares”. Y hoy daría la impresión (y es también una expresión de deseo) de que la ciencia puede explicar mucho. Pero ¿hasta dónde llegan las teorías contemporáneas?:

“Al momento cero del mundo la teoría actual no llega. Llega a un momento muy próximo, pero del primer instante no se puede decir nada. Se llega, digamos, a algunos trillonésimos de segundos después de ese momento”, dice Moledo, y agrega: “La cosmología llega hasta después del big bang, que es el momento de origen del universo: del espacio y del tiempo. Antes no había nada”.

En este punto de la conversación Leonardo Moledo introdujo la palabra “cosmología”. Es curioso: veníamos refiriéndonos a ella pero siempre de un modo tácito, como una presencia muda que nos acechaba en aquel café. Hizo falta, por lo tanto, que el mismo Moledo, sin necesidad de que se lo preguntara, aclarase de qué estábamos hablando: “La cosmología es la descripción del cosmos en su totalidad: las historias del cosmos, la teoría de formación del mismo y su origen. Hubo tradiciones por países, pero en este momento está totalmente globalizada”. Todavía resonaba el eco de la palabra cosmos – esa expresión implacable de un abismo desconocido y seductor– cuando se impuso aclarar con unas pocas palabras la problemática por el medio ambiente. El tema es serio, sí, y Moledo lo dio a entender, pero también convino en que el universo nos excede: “El medio ambiente es una cosa muy pequeña al lado del universo. En el universo ni la Tierra ni el sistema solar cuentan: son un detalle nimio. Es menos que un grano de arena en un enorme salero. Desde el punto de vista del universo, entonces, lo que vos y yo hacemos con el medio ambiente no tiene mayor importancia, porque nosotros podemos destruir la Tierra y un poco de lo que está sobre ella. Pero lo que está sobre la Tierra tampoco pesa mucho. Así que no podemos modificar el universo. Podemos explorarlo y entenderlo por ahora. Y te diría que explorarlo, muy poco”.

Pequeños modos de intervenir

Hacia este punto de la conversación, los temas fueron tomando cierta circularidad, volviendo, cerrándose. Las aristas que no se habían alumbrado con el diálogo aparecían ahora por sí solas, como implorando ser referidas. Y ciertas cuestiones prácticas se impusieron. Porque la ciencia es, por cierto, un mundo en el que la teoría y la práctica se intrincan hasta volverse una. Sí: hacer teoría es intervenir y llevarlo a la práctica es un modo de generar más teoría. Por lo tanto son dos ojos para ver por el mismo lente. Y con ambos ojos abiertos se ve más nítido. Entonces le pregunté a Leonardo Moledo por el Planetario: “El Planetario es un planetario viejo: tiene ya cuarenta años, que tecnológicamente es mucho. Estamos renovando espectáculos en la medida en que podemos. Y podemos bastante. Estamos produciendo un espectáculo sobre etnoastronomía, rescatando la astronomía de los indios del Chaco, y otro espectáculo sobre las constelaciones míticas de Buenos Aires y algo sobre Galileo. Salvo en el aparato, que es viejo, me parece que estamos bien”. ¿Y qué finalidad buscan en el Planetario, que quieren lograr?: “Yo lo que quiero es que la gente que viene al Planetario se plantee preguntas, y que después vaya a algún lado y consiga las respuestas”. La producción de Moledo en el día a día aparece también claramente reflejada y accesible en las columnas abarrotadas del diario Página/12. Allí escribe contratapas, bibliográficas literarias, algunas entrevistas y dirige el suplemento “Futuro”. A propósito de esta faceta, nos dijo: “El periodista de ciencia lo que hace es transmitir lo que ocurre en el ámbito general de la ciencia y hablar también de lo que ocurrió. Y es importante mostrar cuáles son las tendencias y los pensamientos. Eso es lo que yo trato de hacer, por lo menos”. Así, el Planetario y el periodismo serían dos modos distintos pero complementarios de divulgar, de expresarse y de hacer que el conocimiento llegue. Pero el círculo no quedaría jamás completo sin hacer referencia a su actividad docente, en una Universidad de

Buenos Aires que lo vio estudiar y lo vio, más tarde, derramar algunos conocimientos para las nuevas generaciones.

De la UBA al mundo sin escalas

“Soy egresado de Ciencias Exactas, que anda realmente bien. Soy docente en Ciencias Sociales, que no podría decir que anda tan bien. Por supuesto que los problemas de la UBA son largos”, nos confía Moledo cruzando su experiencia personal con algún juicio de valor, que quienes han fatigado los pasillos de la Universidad pueden proferir con conocimiento de causa. Y continúa: “Para empezar a pensar los problemas de la UBA hay que focalizarse en su masividad y en su falta de presupuesto para sostener semejante masividad. Pero el nivel científico de la UBA, por lo menos en Exactas, es excelente”. Es extraño, porque en Exactas como en prácticamente todas las carreras del sistema de educación superior la proyección a futuro, el campo laboral, el imaginario de lo que le puede deparar al graduado la vida post-académica es incierta, se pierde en un horizonte difuso. Moledo reflexiona a propósito de esto: “Yo creo que si una empresa se diera cuenta de que puede utilizar un físico en lugares donde pide a un ingeniero, sería muy útil para la empresa”, y agrega: “Un físico puede resolver un montón de cosas que normalmente se ponen bajo el eje de los ingenieros. Sin dudas, el científico aporta una serie de cosas importantes”.

Es quizá por esto –y por otras razones sin duda más extensas y complejas que exceden esta entrevista– por lo que ha acontecido ese fenómeno que la prensa no vaciló en llamar “fuga de cerebros”. Leonardo Moledo opina que “es un problema. Que la Argentina no pueda retener ni a sus científicos ni a sus futbolistas. Hay mucha, mucha gente que está pensando cosas importantes y también pequeñas cositas, que al final del camino resultan ser las más importantes”.

En el final

El sol se perdía pausadamente en el fondo de unos edificios antiguos y un camarero se acercó con la cuenta: mucho café. La charla concluía en un pacto silencioso que no requirió aclaraciones, pero las ideas y las frases quedarían flotando hasta encontrar al fin su lugar en estas páginas. Quizás llegue el día, quién sabe, en que entrevistas como ésta no hagan falta, porque la ciencia y el conocimiento del mundo (así como otras artes) estarán simplemente en todos lados. Pero es grato saber, por lo pronto, que desde algunos suplementos, desde el Planetario, desde algunas viejas aulas y otros muchos lugares hay personas que, cada una a su modo, hacen que estos temas estén un poco más a mano.